

## LA VIA INICIÁTICA INTRODUCCIÓN

Unos misteriosos seres aparecieron, hace poco, en el Levante de la Península Ibérica diciendo ser ángeles: Virtudes de Dios. Se presentaron a lo largo de varios años ante unos muchachos y les transmitieron, cada uno según su "virtud", un gran volumen de dictados que ellos anotaron escrupulosamente. Yo tuve la oportunidad de investigar estos hechos, y los presenté ante la opinión pública en la trilogía sobre *Los Ángeles de Paiporta*.

Quizás por el tono marcadamente apocalíptico de algunos de los dictados publicados, algunas personas se han asustado y me han preguntado cuál es mi conclusión al respecto. Esto me ha llevado a desarrollar las ideas principales que aparecen en Los manuscritos, para mi propia paz interior y para la de quienes sienten preocupación por tan inquietante suceso. Debo advertir, sin embargo, que este ensayo es fruto de mi propio pensamiento sobre el misterio de la vida, al margen a veces, aunque coincidiendo en lo esencial con las enseñanzas de los enigmáticos mensajeros.

Trataré de ser breve y esquemático porque supongo al lector suficientemente informado sobre los procesos de la vida. Vivir significa percibir una "realidad" que descansa sobre las bases de una estructura a la vez física y metafísica, avalada por los sentidos y los sentimientos, que por cuestión de convencionalismo universal consideramos "cierta" ... aunque esto nos dice poco.

En efecto, no deberíamos olvidar que tanto el concepto de realidad como el de certeza son tan fugaces y subjetivos como peligrosos. Recordemos, una vez más, que la física teórica de principios de siglo, madre de la ciencia actual aunque todavía no asimilada por muchos, cuestionaba (y sigue cuestionando todavía) la objetividad del mundo visible. La posibilidad de certeza en el estudio del microcosmos es negada por el Principio de incertidumbre de Heisenberg y en el macrocosmos por la Teoría de La relatividad de Einstein, de modo que tanto la física cuántica como la relativista consideran que la materia, la energía y el tiempo son sólo conceptos relativos e intrínsecamente relacionados.

Sin embargo, y a pesar de ello, la ortodoxia universitaria parece hoy más aferrada que nunca a la materia, hasta el punto de que elude el estudio (cuando no niega lisa y llanamente la existencia) de todo lo que no sea material, cerrándose así a otros aspectos de la realidad. Por ello ha ido decreciendo entre la gente el interés por la metafísica y la espiritualidad, en la misma medida en que la ciencia y la tecnología han sido capaces de dominar el mundo material, mostrándonos grandes maravillas en el campo de la telecomunicación, por ejemplo, o haciéndonos ver la posibilidad de futuros viajes estelares.

No habría que dejarse seducir, sin embargo, por la "magia" que nos presenta la ciencia moderna hasta el punto de olvidar que es hija del pensamiento humano y que, por tanto, éste es superior a aquella. Por ello, a mí me parece más digno de estudio el reino del pensamiento que el mundo de la ciencia.

He descubierto, además, que cuando alguien no cree en la posible realidad de algún fenómeno extraño, se trata casi siempre de una persona desinteresada por

el estudio del pensamiento humano, víctima de uno de los dos sectores del saber convencional: sectas universitarias o religiosas, peligrosamente apegados unos a los logros prácticos de la ciencia y otros fanatizados por los dogmas de alguna religión. Su obsesión por lo científico o lo religioso no les permite ver que la ciencia y la religión no son más que el efecto de una causa infinitamente superior, que "reside" fuera del tiempo y se manifiesta en éste a través del pensamiento, convirtiendo la idea en proyecto y generando así el "juego" que llamamos eufemísticamente "nuestra realidad".

Es por ello que digo SÍ (aunque sea un sí condicionado) a la experiencia mental, a los trabajos de meditación y a las realidades transfísicas o metafísicas, aún cuando en una primera aproximación puedan presentar visos de irracionalidad, o se nos antojen surgidas del reino del absurdo. Y aquí hemos chocado con otro concepto digno de reflexión: el absurdo.

Si la materia es incierta por definición', también lo son sus procesos cognitivos, que tienen lugar en el cerebro, la estructura más sofisticada que se ha desarrollado en la materia viva. Unas pautas claramente establecidas diferencian una especie de otra; pero el cerebro es siempre una compleja urdimbre de receptores emisores biológicos, capaz de relacionar las sensaciones que percibe por medio de los sentidos ... y de organizarlas en un todo coherente, con significado, mediante un proceso que sigue siendo un misterio absoluto.

El misterio, además, no radica sólo en los procesos cognitivos. Está presente incluso en las funciones de percepción, aparentemente más simples, ya que no parece tan claro que toda la información que recibe el cerebro proceda sólo de los sentidos: puede proceder también de otras zonas de la realidad poco y mal estudiadas.

Hay experiencias, en efecto, que parecen indicar que existen otros mundos invisibles a nuestros sentidos físicos. Es como si nuestro universo fuera una gigantesca cesta de huevos, todos los cuales se comunican interiormente por sus puntos de contacto. El mundo interior de los pollitos no existe para una humanidad que sólo tiene acceso a la superficie de las cosas. Para que se pongan en comunicación ambos mundos, o los pollitos tienen que nacer, o los seres de la superficie tienen que morir. Y decimos esto porque, de alguna manera, hay unos hechos incuestionables: lo que intuimos por un lado, y por otro lo que vemos, dan razón a lo que no vemos.

Es un hecho ampliamente constatado que el hombre percibe un número casi infinito de sensaciones o fenómenos que muy poco tienen que ver con el mundo físico. Sin embargo muchos científicos, ignorantes tanto de la metafísica como de los últimos avances de la física cuántica, se aferran todavía a los viejos dogmas mecanicistas. Afirman que nada de lo inexistente puede ser percibido, que nada inexistente puede producir una conmoción, un estado de infelicidad o de placer. Lo inexistente es por definición -para estos científicos que todavía abundan- "la nada", el vacío; y del vacío -para ellos- no puede salir absolutamente nada.

Con esta actitud decimonónica, la ciencia oficial juega a desvirtuar ciertos hechos: si algún suceso no tiene explicación científica, o no puede repetirse sistemáticamente a voluntad, dicen que es una ilusión de los sentidos. Pero aunque oficial y científicamente no existan ciertas cosas, éstas se manifiestan a

nivel interior, o incluso exterior, en un universo mucho más complejo, rico y misterioso de lo que muchos científicos están dispuestos a admitir. De esta suerte arremeten contra la metafísica, argumentando que la mente juega malas pasadas al hombre, siendo capaz de hacerle alucinar. Lo que ya no dice la ciencia es qué es una alucinación, de dónde surge y por qué.

Cuando el cerebro humano registra unas palabras sin que exista nadie (físicamente) que las haya podido pronunciar, suele ser declarado enfermo por los analistas de tendencia conductista. Tienen su parte de razón: el cerebro es un equipo material que, en principio, parece que sólo pueda registrar estímulos materiales. Al no existir éstos, concluyen con cierta lógica que debe haber un error de funcionamiento, y niegan así ciertos fenómenos ... por el simple hecho de estar más allá de las líneas aceptadas por los esquemas racionalistas de la humanidad.

Pero estos especialistas no tienen en cuenta que la materia sólo es una de las múltiples formas que la energía universal puede adoptar". En consecuencia, nada nos prohíbe pensar que ciertas energías de origen desconocido puedan incidir en las funciones de percepción del cerebro. Dicho en otros términos, lo extraño sería que La energía que se manifiesta ante nosotros en forma de materia no lo hiciera también en otras formas infinitamente más sofisticadas y variadas.

Y esto es precisamente lo que a mí me interesa investigar: aquella parte desconocida del cerebro, y por tanto de la vida, que al parecer interrelaciona el pensamiento del ser humano con otras esferas de la energía universal, con otras posibles formas de existencia que nuestros limitados sentidos nos ocultan y que, sin embargo, forman parte de la experiencia casi ordinaria de una gran cantidad de personas que, por miedo, no se atreven a confesar. Hay que descartar el miedo, sí, pero también debemos ser conscientes de que toda defensa de cualquier postura indemostrable (lo cual no significa inexperimentable) tiene sus riesgos.

El cerebro, por otra parte, posee una cualidad extremadamente interesante: la memoria, que consiste en la capacidad de recordar, como todo el mundo sabe. Pero esto no es sinónimo de sabiduría. Un potente ordenador puede "recordar", en fracciones de segundo, increíble cantidad de información... pero no "sabe" nada. Se infravalora, en cambio, a la memoria, cuando no tenemos en cuenta que muchas de las ideas y visiones -yo casi diría la mayoría- que creemos fruto de una inspiración -o de una revelación procedente del "más allá"- no son más que fenómenos de recuerdo o rebote, correctamente enlazados por el cerebro como requerimiento inconsciente a una momentánea necesidad personal.

Por ello, todo cuanto nos ocurra más allá de lo que llamamos lógica racional debe ser serenamente analizado antes de tomar posturas que nos comprometan, adoptando todo tipo de precauciones, con el tiempo y la prudencia como los mejores consejeros. No deberíamos dejarnos llevar pues por la necesidad, el estado de ánimo o la simple creencia; pero sí valorar sosegadamente a la intuición que, cuando está debidamente interpretada, puede sernos de gran ayuda.

Por mi parte, y en lo que respecta a los Ángeles de Paiporta, he llegado a tener la absoluta certeza (personal) de que los protagonistas de los contactos no mienten en cuanto a sus experiencias. Acepto por tanto el fenómeno como un hecho objetivo, acaecido en un momento muy especial de nuestra historia. (Nadie serenamente despierto puede ignorar que en los últimos cien años se han producido más avances y cambios que en los anteriores cinco mil.) Acepto, repito, el fenómeno como cierto; pero sin entrar a definir su origen. Por ello, y para evitar las posibles connotaciones que la palabra ángel puede evocar en muchas personas, utilizaré su equivalente etimológico y me referiré a estos misteriosos seres como los Mensajeros.

Lo que importa, al fin y al cabo, es el contenido de sus mensajes. Y mi conclusión al respecto es muy positiva, por cuanto he comprendido que pueden existir en el Cosmos (dando a este concepto el valor más amplio posible) ciertos intereses en apoyar un difícil salto evolutivo de nuestra humanidad.

He llegado a esta conclusión después de "digerir" el lenguaje arcaico, a menudo críptico, de los mensajes, que los impregna de un hálito de misterio. Pero es que toda ayuda "externa", que no pretenda interferir directamente en la voluntad de los pueblos y su cultura, debe limitarse a una enseñanza. Y ésta se ha de manifestar en forma de lenguaje, un lenguaje que ha de ser parabólico y simbólico para poder llegar al mayor número posible de personas. En efecto, un lenguaje sencillo no genera interés en el oyente, sobre todo si éste se halla poco receptivo o distraído. En el otro extremo, una forma de expresión más elaborada, más científica, no es útil sino en una pequeña élite de la sociedad, con el agravante de ser la parte menos receptiva a mensajes de corte metafísico o espiritual.

Cabría preguntarse por la identidad de los Mensajeros. Pero creo que aunque ésta es una de las cuestiones pendientes más importantes del fenómeno de Paiporta, desde el punto de vista psicológico o incluso científico, insisto en que lo más valioso son los propios mensajes. ¿Acaso nos preguntamos quién plantó el cerezo antes de comernos sus frutos? Estaríamos todos muertos si antes de ingerir alimentos tuviéramos que esperar respuesta a tales preguntas. Ningún animal de especie alguna hace otra cosa que seguir su instinto a la hora de comer, o incluso a la de purgarse con hierbas medicinales. Absolutamente ninguno -a excepción del hombre- pide consejo a su vecino antes de tomar decisiones importantes. Las toma y punto. Y es que los consejos suelen darse, aunque sea inconscientemente, en beneficio del propio consejero, porque somos de carne y ya se sabe que ésta es débil. Por mi parte, sean quienes sean estos personajes, han resultado espiritualmente "comestibles" y han alimentado, de un modo u otro, mi espíritu ... aunque reconozco que en ocasiones he tenido una difícil "digestión". Pero pienso que he madurado y crecido durante la experiencia, y esto ha sido suficiente para mí.

Por supuesto que el origen de los Mensajeros es un misterio, como el de un automóvil para un gato que atraviesa la carretera ... o como el del espacio-tiempo para nosotros, que resulta ser el mayor enigma con el que se enfrentan los físicos teóricos y no parece haber entrado en una fase de inmediata solución. Pero el

desconocimiento sobre el origen de cualquier fenómeno no debería ser nunca motivo para la desconfianza, el desencanto o desinterés sino, por el contrario, un acicate para seguir investigando.

Toni Bennássar